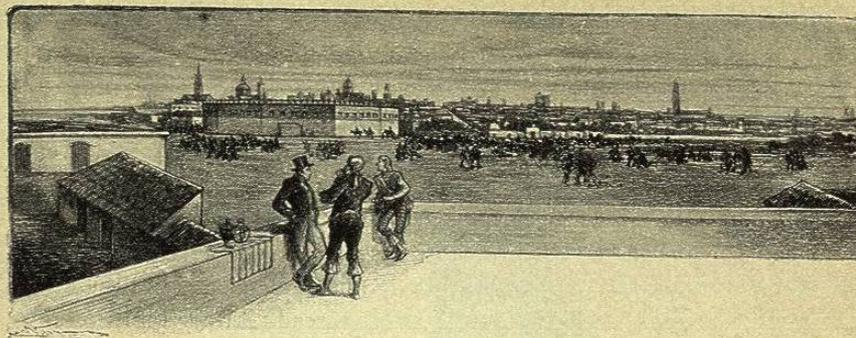
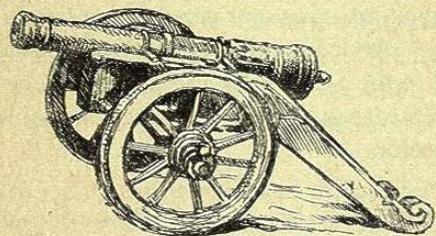


La abnegación, el patriotismo, el heroísmo, el sacrificio, la generosidad, sentimientos todos que inflaman los más nobles corazones, entretejieron con el laurel de la victoria la hermosa corona al pueblo que en aquellas jornadas memorables abriera los cimientos de una nueva y gloriosa nación.



## LA ÚLTIMA CORRIDA

### I

Mirándonos con desdén venía el penúltimo virrey, mandado como de encargo por la madre patria.

—Abra mucho el ojo, le había recomendado la Junta de Cádiz,—mire que allá por el Plata se pasan de listos, á más de ser francés el virrey de la Victoria que acaban de proclamar.

Pero muy poco era un ojo para abarcar tan vasta comarca, y si se agrega, que escaso de oído, sordo había dejado á Cisneros el cañón de Trafalgar, fácilmente se comprende no alcanzara los rumores de la que se estaba armando ni husmeara olor á chamusquina revolucionaria.

¿Qué extraño, pues, que el último representante de un rey cautivo no fuera recibido con grandes salvas y repiques, si á la buena índole de este pueblo debió únicamente no ser expulsado con música de cañón?

—Figúrense ustedes—recordaba un viejecito de antaño—qué poco virrey sería Cisneros, cuando ni toros hubo en su recepción.

Pero añejas costumbres no se cambian en un día. Tales raíces habían echado las corridas entre españoles de la Península y de América, que si el *XII de octubre*, día del Pilar, que saludaban en ésta como si fuera el primero de la primavera, colgando la pesada capa de paño de San Fernando y estrenando pantalones blancos, no se festejó con lidia; para San Martín ya estaba á punto de reventarse la hiel. No se pudo esperar más, y en aquel año de muchas otras lides fué la última de toros el 11 de noviembre (1809).

Los alcaldes habían obtenido de estancieros rumbosos la mejor muestra de su ganado.

*Pancho el ñato*, primer espada, afilaba una nueva, y de mantilla prendida con rojo clavel entre negras trenzas bajo peinetón lucían su garbo y salero criollas y andaluzas que, en desfile interminable, dirigíanse á ver y ser vistas por todo lo largo de la calle del Empedrado.

Enjambre de rubias cabecitas y grandes ojos relampagueando deseos asomaban por puertas y ventanas, ansiosas de seguir la corriente de buenos mozos que pasaban y repasaban por la misma vereda, sobre la que en más de un alto umbral de cuarto á la calle, pescado frito y olorosos chorizos asados saltaban, dorándose en sartén, sobre el brasero, con música de grasa cantora.

A la plaza del Retiro (entonces de Toros), no sólo paisanos en enjaezados y briosos pisadores con su camilucha en ancas, y *compadritos* y manolas, que señoras de taco alto, de mantilla y peinetón, iban á presenciar la entrada y salida del gentío entre abigarrada concurrencia.

## II

Y mientras que reuniéndose va alegre populachería entre gritos y exclamaciones, dichos y hechos picantes en entrecortado vocerío, pandereatas, castañuelas y canciones de barrio, en el camino y á la entrada de plaza más grande que las de España, recordaremos que si en el Retiro se alzó la última plaza de toros, en varias circunstancias se dieron corridas, improvisando otras.

En la plaza Mayor, principalmente para recepción de gobernadores y virreyes, apenas hubo Infante Real venido al mundo que no hiciera salir de él por las astas del toro algún media espada improvisado ó inexperto banderillero...

Fué en la esquina *Victoria y Bolívar* el primer toril, y en la calle del *Pecado* el último chiquero ó encierro, cuando en el barrio del *mondongo* la de Montserrat dragoneaba de plaza de toros. Trasladada á la del Retiro, en el actual asiento de la estatua que dió su postrer nombre á plaza de tantos nombres, se construyó la de Toros; octógona, de ladrillo, con altas ventanitas detrás de los palcos de madera, y círculo de gradas, cuyo muro exterior coronaban merlos en corte de golondrina.

Si en los asientos *al sol* uno que otro negro matizaba aquel horizonte de bronce, entre chinos, zambos y mulatos, *reseros*, *compadritos* y *cuchilleros*; subiendo iban las gradas á la sombra pulperos y almaceneros, tenderos, ratas de oficina y graves cartularios; notándose en los palcos altos,

entre civiles y militares, algún clérigo, criollos y godos de mucha peluca y peluconas. . . . .

Dejada estaba la costumbre de asistir al *encierro* la víspera, donde la agilidad del bravo gaucho desafiaba en campo abierto con mayor bizarria al toro. El verdadero interés no lo atraían los relumbrones de banderilleros, quiebras y requiebros de picadores, ó capas y chulos, ni en la habilidad del diestro en los pases de muletilla y manejo de espada, sino aquel público heterogéneo, dispuesto á la alegría, y en los mil chistes, observaciones y jaleo á propósito de cualquier ocurrencia ó accidente, que al principio no más se establecía en caldeada atmósfera de confianza, desde el *compadrito* dicharachero hasta el *gallero* ó gaucho de los corrales de abasto.

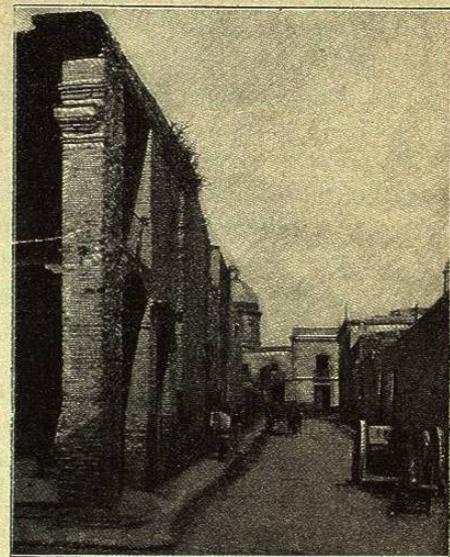
Arriba de los tendidos, y en medio de las gradas y palcos, ocupaba el del centro la presidencia.

Doble barrera dejaba estrecho callejón, circunvalando la arena con sus vallas, donde escapaban el bulto los toreros cuando el *bicho* les tenía á mal traer.

A uno y otro lado de la entrada principal al exterior había varios poyos de mampostería, donde los viejos de la época llegaban en sus diarias caminatas á tomar el sol. Envueltos en sus largas y descoloridas capas españolas, criticaban al Gobierno, comentaban *El Telégrafo*, *El Semanario*, murmurando sobre la crónica verde del día en círculo de vejetes del mismo jaez.

Las corridas, que desde el comienzo de la primavera se hacían más frecuentes, tenían lugar los sábados y domingos en las postrimerías del vi-reinato.

A pie, á caballo, en carruaje, en carricoche, *volantín* ó galera cargada con toda la familia, en mula ó *castillo*, numerosísima era la romería que llegaba y entraba en multitud atropelladora, pifiona y algo pendenciera en cuanto alguno *pisaba el poncho*.



Calle del Pecado, frente á la plaza del general Belgrano

Siendo bastante elevada la plaza del Retiro y, como achatados, de un piso los edificios que la rodeaban, asomando blancas azoteas ó de tejas rojizas, entre la arboleda de las huertas, abarcábase magnífico panorama de toda la ciudad.

En las últimas corridas se había suprimido el despejo. No circulaba aún el chichero, como se usa hasta hoy, por la mañana, en las de España, cuando largan el torito del aguardiente, donde recorre las gradas el vendedor de infernal brebaje, gritando:

—¡Alegria líquida! ¡Valor en botellas! ¡A *perra chica* la copa! A ver, ¿á quién *jago* (hago) torero?

Incitaciones al valor artificial que da inmediato resultado, pues á la segunda *cañita* muchos son los que descúbreñse de improviso haber nacido para toreros; y echándose á la arena no pocos, lo que menos tardan en subir á las astas del toro, que va dejando el tendal de perniquebrados.

Y para quien no haya asistido á una lidia, fiesta genuinamente española, describirémosla ligeramente.

### III

Alta barrera de metro y medio el redondel, y de la puerta, frente al gran palco, salían en columna de á dos, caballeros, peones y muleteros, presididos del primer espada cada cuadrilla, á rendir homenaje y hacer el ceremonioso saludo al presidente.

A un toque de corneta, aparecía sobre brioso corcel, con vistoso traje de caballero de plaza, el alguacil, quien al descubrirse ante la autoridad le arrojaba ésta la llave del toril, y partiendo al galope iba á entregarla al peón.

Al salir el toro embestia á cuanto colorinche divisaba, hasta los rojos listones de la barrera. Toreado y fatigado á fin de prepararlo para la suerte de varas, con el segundo toque de corneta la efectuaba el picador, clavándole la garrocha sobre el lomo, y aquél, por lo general, su asta en el caballo, que, derribado, exhibía las entrañas, pisándose las y arrastrándolas por la arena...

En esto consiste la suerte de poner varas, que pocas veces es suerte por la inevitable caída del picador, con quien capeadores, chulos y cuadrilleros tratan de evitar se ensañe la fiera, distrayéndola con las capas y alejándola mientras otros auxilian al caído. *Morrocotudo* porrazo recibe éste, cuando no sale cojeando ó descaderado, entre charcos de sangre, bajo el caballo expirante.

Seguía, entre otras, alguna suerte de frente ó por detrás, que un

quiebro evitaba el asta del toro, enganchando éste y llevándose en alto la capa colorada que le ciega.

Después de citas varias ó llamadas venía la suerte de banderillas al sesgo, de fuego ó banderillas al cuarteo.

Rompe más que el silencio la atención lúgubre nota, como largo toque de agonía, recibido entre gritos y aplausos.

Avanza el primer espada al frente del palco de la presidencia, mientras sus ayudantes distraen al *bicho*, y descubriéndose, brinda el toro á la persona que quiere distinguir con chistosa frase, que arranca palmoteos estrepitosos.

Después de unos cuantos pases que acaban de cansar al animal, ya jadeante y destilando sangre por media docena de banderillas que le cuelgan, entre otras en que resalta la suerte de muleta al natural, tras más ó menos pases, el espada lo remata de una estocada á fondo ó recibiendo, cuando no es éste quien mata al torero, paseando erguido sobre sus astas diestro, espada y muleta, cual triunfante bandera sangrienta de tan salvaje diversión, que luego fúnebre mortaja cae á cubrir los restos palpitantes del que exaltó hasta el delirio el entusiasmo de la plaza.

En otros casos desplómase moribunda la fiera, la que caballos, picas y banderillas la han dejado exánime, escapándosele toda la sangre por sin número de heridas; sin que sea raro que á toros duros para morir tenga el cachetero que rematarlos, dándoles la puntilla ó puñalada de pícaro en el testuz.

Suena la charanga, gritos y voces aclaman al vencedor. Naranjas, cigarrillos, patacones y hasta sombreros vuelan á la arena, y entre algazara infernal aparecen las yuntas de mulas adornadas con banderines, cintajos y cascabeles, llevándose á toda prisa los muertos, mientras que monos sabios ó peones de plaza pasan el rastrillo, borrando la sangre de las víctimas.

### IV

Tras repetidas escenas, más ó menos emocionantes, seguíanse los comentarios sobre si había sido más diestro el toro en no dejarse matar á las primeras de cambio, primeros pases, ó en amontonar mayor número de víctimas que el de sus congéneres en capilla.

Si resultaba algún *bicho* de indole mansa, reacio á picas y banderillos, la señal de un pañuelo colorado en lugar del blanco que alzaba el

presidente, lo era para el toque de banderillas de fuego, que el trompa de órdenes repetía en el frente, desde donde dirigía la banda de música.

No llegó aquí *el toro de fuego* que, con embreada antorcha sujeta á cada cuerno, sale echando chispas y atropellando á cuantos encuentra—fantástico espectáculo final en fiestas de más de una aldea de las Españas.

Tampoco se llegó aquí á echar perros de presa, que no sueltan donde agarran, evitándose el repugnante espectáculo de un toro, poco toro, corcoveando y sacudiéndose por desasirse un racimo de perros bravíos, colgados de orejas, cola, pescuezo, y despedazado al fin entre aplausos y la más salvaje grito de un populacho que parece ebrio de sangre.

Recientemente á toreros de guante blanco se ha prohibido en Francia maten al *bicho*; pero reglamento alguno prohíbe sean muertos por éste.

Y lo que no sólo entre animales sucede, aquella fiera enfurecida que un momento antes á todos aterraba á punto de presentarle con los ojos vendados los flacos y escuálidos jamelgos para que no huyan ante el rey de la Pampa, que á su sola presencia tiemblan; aquel que hacía barrida de hombres y animales, despejando la plaza al pisar la arena, la soberbia fiera de sin igual pujanza, caída ya sin vida, hasta los perros la mojan, y minúsculo *cuzquito* prendido al rabo le sigue y persigue cuando las mulas le arrastran hacia el chiquero.

La impresión que tal espectáculo deja en el público es diversa, según el ánimo del espectador, entre la más abigarrada y heterogénea concurrencia y en condensada atmósfera, mal oliente como husmeando sangre.

## V

Y así siguió aquel día la lidia del segundo, tercero y cuarto toro, hasta que el quinto (generalmente eran siete, los domingos), que ya debía otras tantas muertes, completó la media docena de víctimas, ensartando en sus astas al *ñato Paco*, que, retirado con las entrañas al aire, fué á morir tras del toril, en la enfermería interior, en que al empezar toda corrida encendíanse dos velas delante de la Virgen del Carmen, que mayor aspecto de capilla fúnebre daban. Allí de rodillas quedaba rezando la querida del chulo por su curro hasta que regresaba éste todo jadeante á regalarle la moña.

Habían dejado de asistir las señoras de rango, sin admitirse ya ni las mujeres del populacho, cuando se presentó el último virrey en la plaza de toros del Retiro.

Y mientras el pacato obispo Lúe y Riega se erguía para echar, desde el palco del virrey, la absolución al moribundo, que ya por aquellos tiempos en que se acercaban los de la patria no era por aquí prohibido enterrar en sagrado á cómicos ó juglares que murieran en las tablas, el señor de Lezica, decidido aficionado y audaz como su raza, saltó á la arena, matando al toro asesino.

Pero no fué ésta la última corrida. Como en otra tradición referimos el primer baile en el virreinato, ésta fué la última corrida en el mismo.

Ocho años después, bajo la dirección militar del maestro Saucés se demolía la plaza, y sus ladrillos fueron á formar los arcos del Retiro en el cuartel que desde 1817 se edificaba sobre su barranca.

Al progresista gobierno del general Balcarce tocó expedir el decreto prohibiendo las corridas de toros.

Algunos años siguieron lidiándose del otro lado de Barracas, con ocasión de alguna solemnidad, y en el interior por muchos más.

En una de nuestras anteriores tradiciones terminábamos la descripción de la corrida en Mendoza ya en víspera de dejar el ejército su campamento del Plumerillo, en los párrafos siguientes:

¡Hubo toros!

¡Pero qué toros y qué toreros!

El capitán D. Lucio Mansillá descollaba entre los capeadores; D. Juan Lavalle, entre los picadores; el capitán Nazar, primer espada; y O'Brien, engrillado con cintas de seda, saltó el *bicho*. D. Juan Apóstol Martínez, capitán de granaderos á caballo, el genio más travieso y mejor catador de pisco (que cuando llegó al pueblo de ese nombre no quería salir, afirmando que en él debía haber nacido), cabalgó sobre el toro, desnucándole de una puñalada. Isidoro Suárez, futuro héroe de Junín, fué quien más se lució como enlazador. Y Necochea, Correa, Villanueva, Olazábal, Escalada, Videla y otros brillantes oficiales del ejército de los Andes repitieron lucidas suertes.

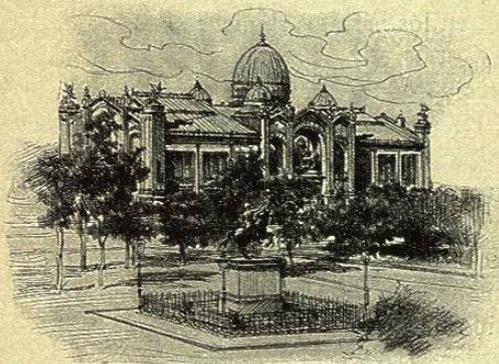
Hasta mucho después hubo lidias; pero ya no se exponían á las astas del *bruto*. Este corría avestruces, que sin previa enseñanza toreaban á maravilla las altas y zancudas aves. Revestidos de *chiripá* y poncho colorado las arremetían los toros bravos.

Y eran de aplaudir las curvas airosas, los quites y gambetas elegantes, con tanto garbo que esquivaban todo alcance, livianos y ligeros avestruces al ser embestidos por la atrayente tela colorada.

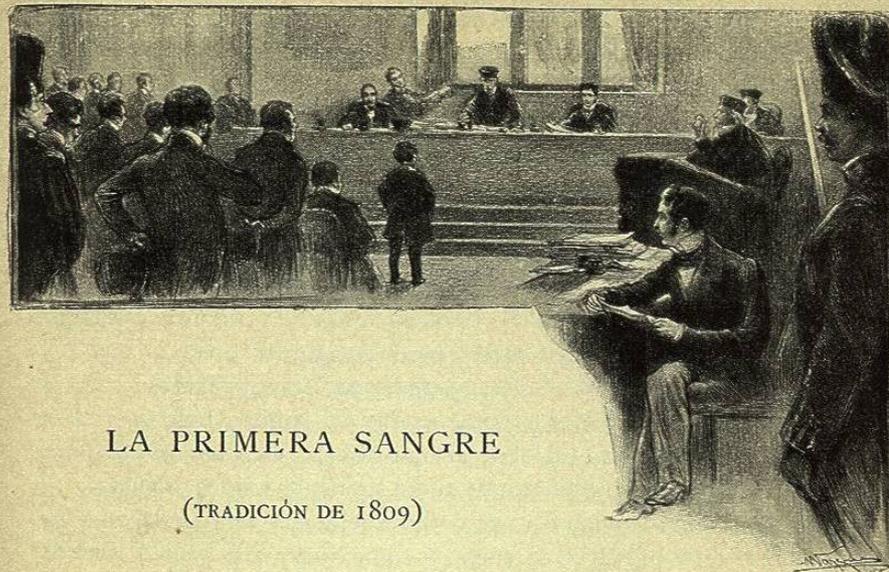
Después de los toros de Barracas y los avestruces de Mendoza, la primera corrida que se inauguró en 1609 tuvo por último apéndice la clandestina que en 1889 dió el célebre Mazzantini en una quinta de los alre-

dedores de esta capital. El abogado protector de animales protestó, pero los aficionados protectores del célebre espada le defendieron, pues habían salido á correr campo afuera, lejos de la jurisdicción de Albarracín.

Y con esto y agregar que la entrada principal se abría frente á la calle actual del *Sargento Cabral*, y que para salvarla debía pagarse tres reales en la plaza que se inauguró el año 1800, ponemos punto final y basta de toros..., que no son mansos los que en más de una sesión *Intendental* suelen correrse.....



Plaza de San Martín



## LA PRIMERA SANGRE

(TRADICIÓN DE 1809)

Al Dr. G. Udaondo

### I

—La primera sangre que hubo de correr por la independencia de esta tierra, fué la de mis nalgas—nos dijo pestañeando un día el grave ministro de Hacienda.

—¡Cómo! ¿Dió usted algún gran galope llevando la noticia de la revolución de mayo, como D. Gregorio Gómez dentro del regatón la llevó á Chile?

—Nada de eso.

—¿O acaso un tropezón en falso le hizo resbalar, y no de arma blanca ni de fuego, sino de arma verde recibieron las de sentarse sin cuenta heridas de verde zarzal?

—Nunca fui muy de á caballo, por más que buenas estancias dejo á mis hijos, ni anduve en malos pasos, aunque, por mi mal, tropezón más de uno pegué en la vida.

—Creía al teniente Vélez (hermano del sabio codificador, según reza su lápida conmemorativa á la entrada del paseo Sobremonte, en Córdoba) y al teniente Balcarce (hermano de los cuatro generales de este nombre) las primeras víctimas de la patria en el encuentro de Cotagaita, allá por Suipacha.

—Sí, en el Alto Perú....; pero la revolución de mayo, como todas